



Mensaje del Lcdo. Rafael Hernández Colón
Gobernador de Puerto Rico
1973-76; 1985-92

FUNDACION
BIBLIOTECA

EN OCASION DE LA ACTIVIDAD DEL CUADRO DE HONOR DEL DECANO DE
LA ESCUELA DE DERECHO DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA
DE PUERTO RICO

Museo de Arte de Ponce
Jueves 10 de abril de 2003
7:30 P. M.

En el año '89, Lila y yo pasamos parte de las Navidades en Berlín y tuvimos la oportunidad de acercarnos al área de la puerta de Brandenburgo y del Reichstag por donde discurría el infame muro que atravesaba la ciudad. Los alemanes, tanto del Este como del Oeste de la ciudad, estaban tumbando pedazos del mismo y no pasarían muchos meses en que cayera la totalidad del muro que dividía ideológica y físicamente la antigua capital de Alemania.

Con la caída del muro, que es equivalente al colapso del poderío político-militar de la Unión Soviética y del comunismo totalitario como sistema para organizar la vida en sociedad, se inicia el comienzo de un nuevo orden mundial. La formación de este nuevo orden ha estado por cuajarse --no siempre para bien-- en dos ocasiones pero el evento del 11 de septiembre de 2001 en primer lugar y la actual guerra de Irak, han alterado los supuestos o premisas bajo los cuales se estaba organizando el nuevo orden y han replanteado la forma en que el mismo quedará constituido.

El nuevo orden mundial que comenzó a surgir a partir de la caída del muro partió de la existencia de una sola superpotencia mundial y el cese del conflicto ideológico entre la democracia, la libertad y los totalitarismos socializantes. No se dió, sin embargo, una articulación de las naciones separadas por el viejo orden, es decir, por la cortina de hierro que dividía el Este del Oeste y el rezago en

desarrollo que definía el Tercer Mundo para alcanzar objetivos económicos, ecológicos o de seguridad comunmente compartidos.

Las naciones que emergían del comunismo se dieron a estructurar democracias lo mejor que podían, a veces frente a serios conflictos étnicos como lo fué el caso de Kosovo y se abrieron las compuertas a la globalización, imponiéndose las libérrimas leyes del mercado con consecuencias, buenas para unos, y malas para otros.

Las protestas que comenzaron en el '98 en Seattle en contra de la globalización, fueron un aldabonazo a la conciencia de Occidente de que algo andaba mal, profundamente mal, respecto a los efectos desenfrenados de la globalización en el mundo. El abismo entre los países desarrollados y los no desarrollados que componen el Tercer Mundo, se estaba haciendo más profundo por los efectos de la globalización. La respuesta a los problemas ambientales eran inadecuadas. La estructuración de un sistema internacional de justicia para castigar el genocidio y los crímenes contra la humanidad, se estaba haciendo bien difícil por la falta de cooperación de los Estados Unidos.

Entonces ocurrió lo del 11 de septiembre, un evento que cambió radicalmente la política exterior de los Estados Unidos con efectos sobre todas las naciones del mundo, que se solidarizaron con los Estados Unidos en una nueva lucha contra el terrorismo, la cual comenzó por Afganistán con el apoyo de todas las naciones. A raíz de ese evento, Estados

Unidos ensayó una política exterior con conciencia de la interdependencia de todas las naciones y la necesidad de respuestas solidarias frente a un enemigo común como lo es el terrorismo.

Comenzaron a estructurarse alianzas hasta entonces impensables para responder al enemigo común. Pakistán, India, China, Rusia y muchas otras naciones que jamás hubiéramos pensado que habrían de acometer un esfuerzo conjunto con los Estados Unidos, se unieron para hacer frente al terrorismo que de una manera u otra afecta a todos. Alianzas diplomáticas, militares, de cooperación en materia financiera, de intercambio de la inteligencia de los servicios secretos y de otro tipo, unas más estrechas, otras menos, pero todas vinculando actuaciones de unos y otros, barajando intereses nacionales como la eliminación de sanciones para estructurarlas.

Y así comenzó a tomar forma un nuevo orden mundial a partir del 11 de septiembre de 2001 que prometía un mundo más solidario, unos Estados Unidos más abiertos al multilateralismo y unas Naciones Unidas con un rol más importante en el timoneo y solución de los conflictos violentos que surgen en distintas partes del orbe.

La formación de ese nuevo orden mundial se ha detenido y muy probablemente en forma definitiva, por la guerra que la administración del Presidente Bush decidió librar contra Irak. Ya desde su mensaje sobre el estado de la nación pronunciado en enero de 2002, el Presidente

apuntaba hacia una política unilateral de lucha contra el terrorismo cuando acusó a los países de Irak, Corea del Norte e Irán de constituir un eje del mal que amenaza a la comunidad internacional. Desde ese momento comenzó a abrirse una grieta en la solidaridad que la opinión pública internacional manifestaba en favor de Estados Unidos con motivo del 11 de septiembre.

Al plantear ante la comunidad internacional la guerra para eliminar a Saddam Hussein, el Presidente Bush se apoyó en la peligrosa doctrina del ataque preventivo como justificante de la acción bélica. El ataque bélico preventivo es insostenible a la luz de las disposiciones del Tratado o Carta de las Naciones Unidas suscrito por Estados Unidos que canaliza la guerra a través de acciones del Consejo de Seguridad y solo autoriza la misma de parte de una nación ante un peligro real para su seguridad.

Para ser preciso, el artículo 51 del Tratado autoriza la guerra por una de las naciones miembros si es objeto de un ataque armado y hasta que el Consejo de Seguridad tome las medidas necesarias para garantizar paz y seguridad. La acción preventiva que se contempla bajo el Tratado es la diplomacia preventiva, el despliegue preventivo, el desarme preventivo, la acción humanitaria preventiva y acciones humanitarias preventivas para la consolidación de la paz. El propósito de la acción preventiva autorizada bajo el Tratado de la ONU es prevenir el conflicto bélico o controlar conflictos ya existentes.

Más aún, Bush no pudo presentar evidencia que Saddam Hussein tuviera en su poder armas de destrucción masiva o armas químicas o biológicas para justificar su ataque preventivo. Esto dejó sin base fáctica alguna -- moral ni legal nunca la tuvo-- la doctrina que invocaba de ataque preventivo por lo cual se enajenó la opinión pública mundial incluyendo una gran parte de la de los Estados Unidos. La enajenación es moral. El mundo no encuentra justificación moral para la guerra. Esto queda claro si revisamos la doctrina de la Iglesia Católica sobre la guerra.

El quinto mandamiento condena la destrucción voluntaria de la vida humana. A causa de los males y de las injusticias que ocasiona toda guerra, la Iglesia insta constantemente a todos a orar y actuar para que la Bondad divina nos libre de la antigua servidumbre de la guerra.

Todo ciudadano y todo gobernante están obligados a empeñarse en evitar las guerras.

Sin embargo, mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de la fuerza correspondiente, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa.

Se han de considerar con rigor las condiciones estrictas de una legítima defensa mediante la fuerza militar. La gravedad de semejante decisión somete a ésta a condiciones rigurosas de legitimidad moral. Es preciso a la vez:

--Que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto.

--Que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces.

--Que se reúnan las condiciones serias de éxito.

--Que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar. El poder de los medios modernos de destrucción obliga a una prudencia extrema en la apreciación de esta condición.

No es de extrañarse que, frente a actuaciones de Estados Unidos que no se justifican a la luz de esta doctrina que más que católica lo es de derecho natural, se haya levantado una fuertísima opinión mundial en contra de la intervención armada en Irak.

Las diferencias en torno a esta guerra entre Estados Unidos y países como Rusia, Francia, China y Alemania --los primeros tres miembros del Consejo de Seguridad de la ONU-- ponen en entredicho el funcionamiento futuro de las instituciones de seguridad internacional como la OTAN y las Naciones Unidas, las cuales le han venido sirviendo con mayor o menor eficacia a la paz internacional durante los últimos sesenta años.

Las proyecciones de Estados Unidos a los efectos de que a través de una intervención llevada a cabo en esta forma en Irak, se va a poder establecer una democracia

operativa en este país que en su historia política jamás ha ensayado un sistema de esta naturaleza, son totalmente especulativas. Y mucho más dudosa es la proyectada reestructuración del Medio Oriente asentándolo sobre la democracia con miras a la pacificación de esta volátil región del mundo lo cual acusa un optimismo escatológico y mesiánico fundamentado en supuestos antihistóricos y con un idealismo que difícilmente prosperará a partir de una guerra oprobiosa para el mundo árabe y la opinión pública internacional.

El balance de esta guerra nos deja con un mundo dividido respecto a su justificación, enajenado por la acción unilateral del Presidente Bush y profundamente dolido por los miles de civiles que han perdido la vida a causa de los bombardeos o los combates internos, los niños muertos o mutilados que hemos visto por la televisión, y la crisis humanitaria de la emigración masiva hacia fronteras extranjeras para ponerse a salvo de la terrible violencia que azota a su país.

El sólido asentamiento de un nuevo orden mundial requiere de una opinión pública internacional que lo apoye en su concepción y en sus métodos de realización de un mayor respeto mutuo entre las naciones y de un más alto nivel de equidad y justicia entre los países desarrollados del Norte y los subdesarrollados del Sur. Requiere que se le preste una mayor atención a las necesidades de las naciones

en vías de desarrollo entre las cuales están todos los países árabes

Un nuevo orden mundial requiere una nueva ética que parte de tratar humanamente a cada ser humano; de respetar la vida en todas sus manifestaciones; de respetar la justicia; la verdad y las opiniones de los demás sobre la verdad y de aspirar a una igualdad de oportunidades para cada uno sin pretender que se aprovechen de ellas como nosotros quisiéramos.

Estamos en uno de esos momentos claves en la historia de la humanidad en que la toma de decisiones que irá forjando el nuevo orden puede mejorar cualitativamente la condición de todos los seres humanos. El reconocimiento de los valores espirituales, la toma de decisiones desde la ética es esencial para forjar ese nuevo orden más noble y más justo. Estamos ante una oportunidad muy especial para convertir en obras la retórica que durante tantos años ha adormecido las conciencias de quienes tienen que hacer decisiones políticamente difíciles o antipáticas para los grandes intereses atrincherados en pueblos y naciones generalmente desinformadas y desorientadas sobre lo que conviene a su verdadero bienestar.

Este es el momento oportuno para revisar los criterios políticos y económicos que han guiado las llamadas políticas de seguridad, paz y desarrollo en el pasado y adoptar nuevas políticas conducentes a estos objetivos. Políticas controladas por las fuerzas locales, nacionales e

internacionales; que alcancen mejores condiciones de vida para las presentes y futuras generaciones y que fomenten la paz y la seguridad con el desarrollo que considera lo ambiental, lo económico, lo social y cultural de forma integral de manera que resulta ser viable ecológicamente, justo socialmente y creativo espiritualmente.

Ustedes, los futuros juristas, deben tomar un rol protagónico en estas luchas que lo son por la opinión pública en Puerto Rico, en los Estados Unidos, y luego a nivel internacional. Los canales de comunicación que están a su disposición a través de la internet, les abren el foro en el cual se dará en el porvenir inmediato el debate sobre la configuración de nuestro orden mundial. Ya ese debate comenzó por vía del rol de Naciones Unidas en la reconstrucción de Irak.